

Otra forma de entender la historia de la historiografía (antigua). Reseña de Antonio Duplá, Christian Núñez y Grégory Reimond (eds.), *Pasión por la Historia Antigua. De Gibbon a nuestros días*. Pamplona: Urgoiti Editores, 2021, 415 págs.

Pasión por la Historia Antigua podría parecer *prima facie* un título divulgativo, periodístico incluso, pero basta iniciar la lectura de la *Introducción*, firmada por sus Editores, para comprobar que no se trata de artículos de prensa, sino de una obra consistente y concienzudamente estructurada, pionera en su estilo en España, pero con cierta tradición ya en otros países. Se trata, además, de una obra plural, pero rigurosa en los contenidos –salvo excepción– y ante todo aleccionadora para los actuales y futuros investigadores de la Antigüedad, en España y fuera de ella. Pues bien, entre la reconstrucción histórica académica –y no siempre científica– y la recreación de la mejor novela histórica –y no siempre bien documentada– hay un espectro amplio para otras formas de entender, de pensar, de comprender, de ver e incluso de visualizar la historia que, en esta ocasión, consiste en aproximarse a la historiografía a través de la trayectoria personal y académica de los historiadores, con datos biográficos de sumo interés para contextualizar adecuadamente su producción historiográfica, pero también con referencias académicas y científicas que completan el *outline* de su peculiar contribución a la evolución histórica de la disciplina.

En efecto, en esta obra colectiva sobre 18 historiadores e historiadoras de referencia, desde E. Gibbon (1737-1794) hasta P. R. L. Brown (1935-) participan otros tantos profesionales de la Historia Antigua de España, con representación de universidades y centros de investigación de otros países (Italia, Argentina, México, y Francia), de diversos niveles de formación y experiencia en la docencia universitaria y la investigación, cuya acreditación viene avalada por la dirección o participación en varios Proyectos de Investigación. Por tanto, ante esta selección rigurosa de historiadores e historiadoras, desde fines del siglo XVIII “a nuestros días”, se puede decir que “son todos los que están”, pero que probablemente también “no están todos los que son”. El resultado es un rico y útil *outline* de la evolución historiográfica de “algunos” ámbitos de la historiografía de la Antigüedad; algunos pero no todos, porque el lector avisado echará en falta una referencia al menos a otros ámbitos marginados en este estudio, pero con suficiente peso en la historiografía occidental actual como son los de la Historia antigua de Oriente (y no sólo la Orientalística) y de Egipto (y no sólo la Egiptología), materias docentes también en casi todos nuestros planes de estudio y con reconocimiento académico y científico indiscutible a nivel internacional. Y si ya es difícil apostar por la Academia en estos tiempos difíciles, no lo es menos hacerlo con “pasión”, como lo hicieron en el pasado y lo siguen haciendo hoy muchos profesionales de la historia de la Antigüedad. No obstante, no es mérito menor de los editores el haber seleccionado de la maraña historiográfica a un número razonable de historiadores e historiadoras para lograr su objetivo primordial: aproximar al lector a la Historia Antigua de una forma motivadora y, en teoría, alejada de la rutina académica.

Decía P. Vilar (1906-2003) en una de sus últimas obras sobre las formas de entender la historia que su “librito” se parecía mucho a lo que en su día Pierre Nora

denominó “egohistoria”, hecho a base de reflexiones y recuerdos.¹ Pero aclaraba también que no se trataba sólo de “vislumbrar el perfil y el destino de un historiador a la luz de su obra” sino también de “preguntarse por qué tal historiador se decidió a ocuparse de un determinado tipo de problemas, y a plantearlos de una determinada manera”.² Puede decirse que ambos objetivos quedan bien logrados en la obra que hoy reseñamos, aunque, como es lógico, más claramente en unos casos que en otros.

En suma, un elenco de historiadores representativos de los sectores más transitados de la historiografía de la Antigüedad, organizados en el Índice por riguroso orden según el año de su nacimiento³ aunque obviamente otros criterios podrían haber sido también útiles y sobre todo más clarificadores para el lector, como la clasificación temática por campos de estudio y/o investigación, que es la que seguiremos aquí para reseñar este estudio, tales como: I. Roma antigua; II. Grecia antigua; III. Mundo Clásico.

I.- Sobre la *Roma antigua* trata la obra historiográfica principal de, al menos, ocho autores y autoras, a saber: Ed. Gibbon, Th. Mommsen, M.I. Rostovtzeff, Joseph Vogt, Ronald Syme, Santo Mazzarino, Elena M. Staerman y P.R.L Brown.

La elección de Ed. Gibbon (1737-1794) como punto de partida es acertada en tanto que su tema prioritario de estudio (el *Decline and Fall of the Roman Empire*) ha sido paradigma en la historiografía durante más de dos siglos, siendo sólo seriamente cuestionado en los últimos dos decenios hasta el punto que su monumental obra (en seis volúmenes: 1776-1788) suele considerarse todavía en la historiografía como el primer ejemplo de modernidad. En efecto, desde los años 60 del siglo pasado varias escuelas historiográficas europeas y americanas se hicieron eco de los doscientos años transcurridos desde la publicación de la obra de E. Gibbon (*The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, 1776),⁴ que se divulgó pronto a pesar de los escasos medios de difusión de la época⁵ y se convirtió en paradigma sobre “la caída de Roma”, rango que ha mantenido en la historiografía hasta hace unos años. No obstante, el texto de Eleonora Dell’Elicine sobre Gibbon (pp. 15-30) contiene referencias útiles para el lector que indague en las más de 3.000 páginas editadas del texto gibboniano:⁶ no hay una causa única del *decline and fall*, aunque Gibbon fijó dos como causas principales: el auge del cristianismo en el Imperio desde el fin de los Antoninos (hacia el año 192) y la presión de los bárbaros en Occidente desde los siglos IV y V, cambios profundos a los que a menudo el autor denomina “*revoluciones*”; la influencia de la obra en la idea moderna de Europa y, en definitiva, describir una sociedad civilizada, basada en la razón,

¹ Pierre Vilar, *Pensar históricamente. Reflexiones y recuerdos*, edición preparada y anotada por R. Congost (Barcelona: Crítica, 1997).

² *Ibid.*, 8.

³ Salvo la excepción comprensible de N. Lorraux (1943), previa a P. R. L. Brown (1935-), aún vivo.

⁴ En este sentido es, no sólo esclarecedora, sino que también sentó las bases de un nuevo paradigma sobre el tema la propuesta de Glen W. Bowersock en 1996: “The vanishing paradigm of the Fall of Rome”, *BAAAS*, [vol.] 49, 8 (1996): 29-45, y otras más recientes en *Idem, From Gibbon to Auden. Essays on the Classical Tradition* (New York: Oxford University Press, 2011).

⁵ La obra de E. Gibbon, *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, Londres, 1898 (edición de J. Bury), consta de 71 capítulos, ha sido traducida a diversas lenguas y publicada en diferentes formatos. Concebida – según propia confesión del autor – en una visita a Roma el 15 de mayo de 1764, el primer volumen salió a la luz en 1772 y el séptimo y último en 1788; no obstante, la obra se divulgó rápidamente y era ya internacionalmente conocida en 1776, fecha que se suele tomar como la de su publicación. Gibbon murió en 1794.

⁶ En la versión italiana de la obra en seis volúmenes: E. Gibbon, *Decadenza e caduta dell’Impero romano*, en traducción de P. Angarano y C. Balducci (Roma: Newton Compton Italiana, 1973), vols. 1-6.

en el comercio y el intercambio de ideas son claves de lo que suele denominarse “una comunidad de prudentes” (pp. 20 y 24).

Otro “*grand savant*” de la historia romana es Theodor Mommsen (1817-1903), reseñado aquí por A. Duplá-Ansuategui (pp. 73-93) polígrafo alemán experto no sólo en la “*Römische Geschichte*”, que es su obra historiográfica quizá más conocida y por la que recibió el Premio Nobel en 1902,⁷ sino en casi todas las ciencias que se cobijan bajo la denominación alemana de *Altertumswissenschaften* o Ciencias de la Antigüedad (historia, epigrafía, numismática, arqueología), además de derecho romano, prosopografía romana y la edición de obras monumentales como los *Monumenta Germaniae Historica*, *Corpus Inscriptionum Latinarum*, *Corpus Iuris Civilis* o el *Thesaurus Linguae Latinae*, este último “*el diccionario latino más completo y exhaustivo*” (*ibid.*, p. 88, n. 10), y la recopilación de su obra completa (*Gesammelte Schriften*) en 8 volúmenes, publicados en Berlín poco después de su muerte en 1903. Además, a Mommsen se debe la consecución de dos grandes hitos de la Historia antigua: el reconocimiento de la misma como disciplina científica (*ibid.* p. 88) proporcionando a la investigación de la *alte Geschichte* un formato de archivo, y la interdisciplinariedad de la investigación histórica, propiamente dicha, que implica la colaboración necesaria entre varios especialistas, que hoy sigue siendo en muchos ámbitos de la historiografía antigua un mero *desiderátum*.

La obra historiográfica de Mihail I. Rostovtzeff (1870-1952) es valorada aquí por A. Aguilera (pp. 137-159); de origen ucraniano, Rostovtzeff pertenecía a una familia acomodada de la nobleza rusa con ilustres ancestros y alta cultura. Mihail estudió Historia y Filología en la universidad de Kiev (*ibid.*, p. 139) y posteriormente Filología Clásica en la de San Petersburgo (*ibid.*, p. 140), donde entró en contacto con algunos arqueólogos, de ahí que su primer Trabajo de investigación fuera sobre *Las excavaciones de Pompeya*. Historiador, filólogo y arqueólogo, Rostovtzeff consiguió varias becas para ampliar estudios en el extranjero, especialmente en Viena, París, Londres y sobre todo Roma, donde entabló relación con los especialistas alemanes de la época a través del *Deutsches Archäologisches Institut*. En 1896, el joven acompañó a su maestro Kondakov en un viaje a España (*ibid.*, p. 143); desde allí se trasladó a París y después al *British Museum* de Londres antes de volver a Rusia en 1898 para defender su tesis de Máster sobre el “*Landspacht*” o arrendamiento de la tierra en el Imperio romano, publicada en alemán en 1902, lo que le permitió enseñar como docente de Latín en la universidad de San Petersburgo y escribir artículos en revistas especializadas (en varios idiomas: alemán, inglés, francés, italiano, aparte del ruso). Al año siguiente leyó su tesis doctoral sobre las téseras de plomo, que fue publicada en ruso y en alemán entre 1903 y 1905. En opinión de A. Aguilera “Con ese estudio y con trabajos de la talla de *Frumentum* en la RE de Pauly-Wissova, comenzó la historia económica moderna del mundo antiguo” (*ibid.*, p. 145). En 1908, tras regreso de un viaje a Egipto creó en San Petersburgo un centro papirológico. En 1914 firmó un contrato con una editorial alemana para publicar una historia social y económica del mundo romano, que no pudo llevar a cabo por el estallido de la I Guerra Mundial y que debió retrasarse hasta 1926 y reducirse a dos volúmenes referidos sólo al Imperio romano (1926, estando ya en la universidad de Yale) y al mundo helenístico (1941), sin duda sus dos obras más importantes (junto con otros 700 títulos publicados), cuyo contenido sobrepasaba con creces el enunciado de sus títulos, porque

⁷ Sobre su personalidad intelectual e historiográfica, véase ahora el estudio colectivo de J. Martínez-Pinna (coord.), *En el centenario de Theodor Mommsen (1817-1903)* (Málaga-Madrid: Universidad de Málaga-Real Academia de la Historia: 2005).

incluía también historia política y un estudio pormenorizado de casi todas las fuentes de documentación histórica para los períodos respectivos. Refiriéndose concretamente a los acontecimientos del siglo III, una lectura apresurada del primero de los textos permite creer a Aguilera en la originalidad del planteamiento y la explicación que da Rostovtzeff de la crisis del siglo III y de la caída de Roma “a diferencia de todos los demás que estudian el proceso” (*ibid.*, p. 154), pero no es así, porque su tesis, siguiendo el modelo soviético de la revolución bolchevique, entiende la crisis como una lucha entre la “burguesía” y la alianza campesinado-ejército, enfrentamiento que no se corresponde con la situación del mundo romano, como en su día ya demostró A. Momigliano,⁸ y aún menos con una “revolución social”, definida en los términos de la historiografía marxista.⁹

Joseph Vogt (1895-1986), reseñado por Ch. Núñez-López (pp. 179-199); miembro de una familia modesta del *Land* alemán Baden-Württemberg, estudió Historia, Filología Clásica y Arqueología en la universidad de Tübingen, de la que fue rector en 1958-1959, después de haber sido profesor y decano en varias universidades alemanas (pp. 180-181). Sus líneas de investigación presentan una secuencia académica característica partiendo de la numismática alejandrina al imperialismo romano, Tácito, la esclavitud altoimperial y finalmente, la decadencia de Roma, su obra quizá más conocida. No obstante, Núñez-López enfatiza la relevancia historiográfica de la “investigación nacionalsocialista de Joseph Vogt” (*ibid.*, pp. 184-191), con clara influencia en algunas de sus obras: sobre la República romana (1932), sobre la población en el Imperio romano (1935), sobre el ciudadano-soldado en el mundo clásico (1937), sobre Roma y Cartago (1943) y allí mismo sobre la cultura cartaginesa (“das Puniertum”) y la dinastía de los Severos (193-217); en todas ellas se vierten argumentos raciales acordes con la filosofía política hitleriana tales como: mezcla de razas (pp. 185-186), alusiones raciales a la nordicidad de griegos y romanos frente a los grupos semíticos y púnicos norteafricanos (pp. 186-187), confrontación racial, contaminación racial que “estigmatizó [a la sociedad romana] hasta su caída definitiva siglos más tarde” (Núñez-López, p. 187), el estilo de vida oriental, vínculos de sangre entre la raza siria y la fenicia (*ibid.*, pp. 189-190). Pero todos estos “argumentos raciales”, aun cuando puedan estar basados en hechos reales, están hoy superados, porque no determinan ni explican nada salvo para quienes sigan creyendo en su presunta relevancia histórica, sobre todo cuando se extrapolan a ámbitos distintos en los que se crearon. Vogt también protagonizó un sonado debate contra los marxistas en el Congreso Histórico Internacional de Estocolmo en 1960, en el que la intervención de M. I. Finley como “mediador” fue providencial, según su propia confesión.¹⁰ Finalmente, concluida la II Guerra Mundial en 1945, Vogt retomó su docencia e investigación universitarias adaptándose a la nueva situación, pero dedicado casi por completo a la cuestión de la caída de Roma (“Der Niedergang”), entendida ahora como “metamorfosis de la cultura antigua” (1965), año en que también aparecieron sus *Estudios sobre la esclavitud antigua*; y en 1972, coincidiendo con su septuagésimo quinto aniversario y en reconocimiento a su contribución historiográfica le fue dedicada la publicación de la monumental colección *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt*,

⁸ Especialmente en *Studies in historiography* (Londres: Harper Torchbooks, 1966).

⁹ Sobre todo W. Seyfarth, “Der Beriff “Epoche sozialer Revolution” und die Spätantike”, *Klio*, 49 (1967): 271-283, y también G. Bravo, “Las limitaciones del concepto “revolución” en la historiografía. El exemplum de la Tardoantigüedad”, *Historia y Crítica*, 1 (1991): 119-130.

¹⁰ M. I. Finley, *Esclavitud antigua e ideología moderna* (Barcelona: Crítica, 1982), 76-80; no obstante, en 194, el autor de la reseña remite erróneamente a una edición de 1970, pp. 70-75, no recogida en la sección bibliográfica correspondiente a la “recomendada sobre el autor» (edición de 1982).

conocida en el gremio de historiadores por su sigla (ANRW), con varias decenas de volúmenes hasta el momento.

La obra de Sir Ronald Syme (1903-1989) es comentada por M. Gago (pp. 201-221); Syme era de origen neozelandés, pero en 1923, con apenas 19 años era ya jefe del departamento de *Classics* en la Auckland University. En 1925 se trasladó a Oxford con una beca de postgrado en Humanidades, donde destacó por su dominio de Latín y Griego en sendas competiciones académicas. En 1928 se trasladó a Roma, donde permaneció casi dos años adscrito a la British School at Rome, regresando en 1929 al Trinity College de Oxford como tutor. En los diez años siguientes Syme intervino en varios congresos y publicaciones sobre cuestiones prosopográficas que culminaron en 1939 con la publicación de una de sus obras magnas: *The Roman Revolution*, que pronto se convertiría en paradigma de la investigación del gran tema del momento:¹¹ el paso de la República al Principado de Augusto.¹² Aunque la obra no fue traducida al castellano hasta 1989 por A. Blanco Freijeiro, hay ahora una nueva edición debida a J. Arce (2010), que siguió los pasos de Syme en Oxford durante varios años. La obra citada reivindica además el uso propio del concepto “revolución” para este período de la historia romana frente al monopolio terminológico ejercido por la historiografía marxista de la época. Pero el efecto de esta obra “revolucionaria” de Syme se dejó sentir inmediatamente en los medios académicos: siguiendo principalmente a Tácito, Syme, contra la versión historiográfica dominante, presentaba una imagen negativa del primer emperador romano, más como “dictador” que como “*princeps*”, acudiendo al apoyo prosopográfico como “prueba” de su nueva interpretación: un líder sin escrúpulos, un caudillo revolucionario, un militar demagogo o un déspota..., que son algunos de los términos usados por Syme sobre Augusto (M. Gago, pp. 209-210). Aunque Syme fue nombrado *Sir* por la *Corona Real Británica* en 1959, este título se unió a los muchos que acumularía después, entre los que destacan los 20 DHC (*Doctor Honoris Causa*) por otras tantas universidades entre 1949 y 1989, año en que falleció (*ibid.*, pp. 204-205). Su proyección internacional fue imparable sobre todo después de la publicación de su magistral estudio sobre *Tacitus* en varios volúmenes (Oxford, 1958) y las frecuentes visitas a universidades norteamericanas (Harvard, Berkeley, Princeton), pero también alemanas (Bonn, a donde acudió año tras año para participar en los *Bonner-Historia Augusta-Colloquium*, promovidos por A. Alföldi), que le reportaron cuatro nuevas monografías entre 1968 y 1983 (recogidas en p. 219) y a centros de investigación españoles, asistiendo en Madrid en 1988 al Congreso Internacional sobre Historiografía de la Arqueología y la Historia Antigua en España, en unas jornadas memorables para quienes tuvimos la oportunidad de conocerle personalmente y de disfrutar de su portentosa erudición y de la fluidez de su verbo repleto de “latines”. A ellas hay que añadir también por su relevancia historiográfica una monografía sobre el estudio de la aristocracia de época augústea (1986) y la colección de artículos de Syme denominada *Roman Papers* (1979, 2 vols.), completada con otros 5 vols. a título póstumo (1991), sin olvidar, por supuesto, sus magistrales contribuciones a los volúmenes X y XI de la *Cambridge Ancient History* y a las ediciones de la *Prosopographia Imperii Romani (saec. I-III)*. Por todo ello, Ronald Syme es sin duda uno de los referentes de la Historia Antigua más influyentes de nuestro tiempo y pionero en muchos aspectos, como el breve estudio sobre las élites coloniales en Roma, España y

¹¹ A las reseñas críticas de la obra incluidas en la Bibliografía recomendada puede añadirse G. Bravo, “El entorno historiográfico de La revolución romana de R. Syme”, *Gerión*, [vol.] 20, 2 (2002): 569-575.

¹² Véanse los trabajos sobre Syme de J. Arce y de V. Alonso, recogidos en 220, y también las reflexiones de G. Bravo, 2002.

América (1958-1993), modelo de estudio interdisciplinar, algo insólito para aquella época.

La reseña de Santo Mazzarino (1916-1987) es realizada por J. Cortadella Morral (pp. 263-283), sobre la base de un estudio anterior del propio autor publicado en 1991, con motivo de su participación en el Congreso Internacional de Madrid (1988) sobre la Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua de España (siglos XVIII-XX).¹³ Desde el inicio de su investigación mostró una clara predilección por el período tardorromano presentando su tesis sobre Estilicón y la época de Teodosio, publicada en 1942. De sus cualidades intelectuales destacan claramente dos: “una cultura tan vasta y profunda que parecía tocar la omnisciencia y una memoria extraordinaria” (*ibid.* p. 264). Una estancia en Múnich en 1936 le descubrió la relevancia del mundo bárbaro y de las culturas nacionales emergentes (p. 265). Profesor de Historia griega y romana de la universidad de Catania (1945-1963) se trasladó a La Sapienza de Roma para ocupar la cátedra de Historia romana que había quedado vacante. Para entonces Mazzarino había ya publicado varios estudios de proyección internacional: sobre la historia romana arcaica (1945), sobre la relación entre Oriente y Occidente (1947) y, en fin, sobre el siglo IV sus célebres “Aspetti sociali” abordando “algunas categorías importantes de la interpretación marxista de la historia” (*ibid.*, p. 267), dada su proximidad al Partido Comunista italiano, pero en opinión de Cortadella “no se le puede considerar un marxista en sentido estricto” (p. 268). Sin embargo, esta última orientación estuvo presente en el resto de sus investigaciones donde las alusiones a las estructuras económicas y sociales son recurrentes, aunque siempre con referencias a fuentes concretas. Pero todavía no habían aparecido las “grandes síntesis” que caracterizan su peculiar producción historiográfica, tales como el *Trattato di storia romana*, en tres volúmenes, que es mucho más que un simple manual (p. 277) que trata extensamente sobre la llamada *rivoluzione costantiniana* tanto religiosa como monetaria, y la obra monumental sobre *Il pensiero storico classico* que es un auténtico *vademécum* de fuentes y bibliografía sobre la cultura clásica grecorromana o la recopilación en dos volúmenes de una serie de publicaciones dispersas sobre *Antico, tardoantico ed era costantiniana*, entre las que se incluye la famosa contribución de Mazzarino al Congreso de Ciencias Históricas de Estocolmo en 1960 sobre “*La democratizzazione della cultura nel Basso impero*” que ha servido de inspiración a muchos de sus discípulos italianos: Salvatore Calderone, Augusto Frascetti, Andrea Giardina y Mario Mazza, entre otros. Finalmente, su obra quizá más divulgada es *La fine del mondo antico* (1959), traducida inmediatamente a diversas lenguas, en la que se resume la posición de Mazzarino ante esta “gran cuestión historiográfica”, que todavía se considera irresuelta. Sorprende sin embargo que Cortadella tratando tan extensa y certeramente la adscripción de Mazzarino al grupo de historiadores de la Antigüedad tardía ni siquiera mencione una ponencia presentada a la *Settimana di studio di Spoleto* en 1962 sobre “*Si può parlare di rivoluzione sociale alla fine del mondo antico?*”,¹⁴ que ha sido citada a menudo por los especialistas en el tema de la transición al Medioevo.

La obra de Elena M. Staerman (1914-1991), generalmente transcrito del ruso como Shtajerman, es comentada por Mariano J. Requena (pp. 285-301), primera de las cuatro historiadoras seleccionadas en este elenco de autoridades sobre la Historia Antigua internacional. Estudió Humanidades en la universidad de Moscú. Su tesis doctoral (1956), traducida al alemán (1964) sobre la crisis del siglo III y el esclavismo en las provincias

¹³ Estudio registrado en 282.

¹⁴ S. Mazzarino, en *Settimana*, 9 (1962): 410-425.

occidentales del Imperio tuvo una gran repercusión no sólo en el ámbito soviético, sino también en la Europa occidental al poner en cuestión muchas de las tesis marxistas tradicionales sobre el tema y sobre la Antigüedad en general, publicadas a través de la revista *Vestnik Dreznev Istorii*, creada en 1937. Fue testigo del fracaso leninista y, tras la muerte de Stalin en 1953 se produjo en la URSS un cierto aperturismo hacia posiciones teóricas menos dogmáticas a pesar de que todavía en el mencionado Congreso Internacional de Historia de 1960 en Estocolmo se produjo un duro debate entre los historiadores soviéticos y los europeos occidentales, especialmente Joseph Vogt, Moses I. Finley y los historiadores alemanes del Circulo de Mainz. Pero la producción historiográfica de Shtajerman es quizá la más conocida del ámbito soviético en la historiografía europea occidental, sobre todo a partir de los 70 y 80 cuando la perspectiva marxista-leninista dejó paso a otras metodologías y nuevas interpretaciones (*ibid.*, pp. 291-292), que ya habían sido propuestas por la historiadora soviética en muchos de sus trabajos iniciales, entre las que sobresale una nueva concepción de la llamada “revolución esclavista” como transición al feudalismo, que no sería tal porque desde el siglo II, en que se produce “la caída del régimen esclavista”, se generan los elementos del nuevo sistema feudal, proceso de cierta confusión que habilitaría una “crisis del Imperio” en los siglos siguientes (*ibid.*, p. 294). Pero este planteamiento es cuestionable porque dicha crisis es incierta tanto en el siglo III como en el IV del Imperio.¹⁵ Además, la mano de obra esclava prácticamente desaparece sustituida por el colonato bajoimperial¹⁶ sin que se documenten, en cambio, relaciones de tipo feudal todavía, al menos hasta el siglo IX, X u XI en el Occidente tardoantiguo, aunque quizá tendría razón Ch. G. Starr al observar una “sobredosis de esclavitud” en la historiografía marxista, porque el esclavo hacía tiempo que había dejado de ser la fuerza de trabajo básica en la agricultura, aunque siguiera siéndolo en el comercio y la manufactura (p. 297).

Finalmente, Peter R. L. Brown, único historiador vivo (1935-), es, de hecho, el creador de la “Antigüedad tardía”, reseñado por Clelia Martínez Maza (pp. 365-384), como período histórico con entidad propia y “de enorme trascendencia cultural y religiosa” (*ibid.*, p. 365). De origen irlandés, se especializó en griego tardío y en el estudio del cristianismo primitivo, primero, y en la historia medieval de Europa, después, ya en la universidad de Oxford. De su estancia en Roma (1957-1958) Brown recibió la influencia de los grandes historiadores de la Tardoantigüedad de la época, especialmente S. Mazzarino, A. H. M. Jones, y William H. C. Frend, quienes junto con H-I. Marrou indujeron al joven investigador a interesarse por la figura de Agustín de Hipona, su primera monografía (1967), “su primera obra maestra”, en palabras de Martínez Maza (*ibid.*, p. 367), en la que se plantea realizar un estudio de lo religioso como un fenómeno social y sobre todo “reflexionar sobre las circunstancias sociales y culturales del momento” (*ibid.*). Aparecían aquí ya los tres elementos analíticos que con el tiempo Brown aplicaría a la redefinición de Antigüedad tardía o *new Late Antiquity*, como renovación de la problemática socioeconómica de la transición sostenida por la historiografía marxista. En realidad, el paradigma o el modelo a seguir en este tipo de estudios se explicitó en su nueva monografía sobre *The World of late Antiquity: AD 150-750*, con un subtítulo significativo: *From Marcus Aurelius to Muhammad* (1971), que pronto fue traducida a varias lenguas y constituyó el estudio de referencia para un amplio

¹⁵ Véanse los artículos de G. Bravo: “¿Otro mito historiográfico? La crisis del siglo III y sus términos en el nuevo debate”, *Studia Historica. Historia Antigua*, Salamanca, 30 (2012): 115-140; e *Idem*, “¿Crisis del Imperio romano? Desmontando un tópico historiográfico”, *Vínculos de historia*, 2 (2013): 13-26.

¹⁶ Documentación y bibliografía básica, en G. Bravo, *El colonato bajoimperial* (Madrid: Editorial Akal, 1991).

circulo de historiadores de la Tardoantigüedad europeos y americanos, que vieron en P. Brown al mentor de un nuevo campo historiográfico, con nuevos elementos metodológicos y nuevos criterios de estudio, seguidos por un nutrido grupo de historiadores e historiadoras europeos/as y americanos, entre los que destacan los siguientes: G. W. Bowersock, Averil Cameron, Andrea Giardina, Rita Lizzi, Domenico Vera y Ramón Teja, entre otros. Siguiendo la pauta fijada por Ed. Gibbon en el siglo XVIII, Brown pugnaba por una historia de larga duración (de hecho, una evolución de seis siglos)¹⁷ sin cesuras históricas, ni cronológicas ni espaciales (todo el Mediterráneo), ni culturales (indoeuropeos y semitas), ni religiosas (paganos, cristianos e islámicos), ni lingüísticas (latín, griego, árabe, hebreo). No en vano, Brown se ha convertido también en experto en lenguas escritas del Mediterráneo antiguo y tardoantiguo llegando a dominar “un total de 26” (*ibid.*, p. 380). Su trayectoria académica es también intensa: desde 1978 fue profesor de Historia y Cultura Clásica en la universidad de Berkeley hasta 1986, donde escribió y publicó dos de sus obras más conocidas: *El culto a los santos* (1981) y *El cuerpo y la sociedad* (1986). Durante este último año se incorporó como profesor de Historia a la universidad de Princeton, donde permaneció hasta su jubilación en 2011, continuando hasta hoy como profesor emérito de la misma. De esta última etapa universitaria proceden las obras de mayor impacto en los medios académicos internacionales: *Power and Persuasion* (1992), con una rehabilitación especial de la figura del obispo¹⁸, *The rise of western Christendom: AD. 200-100* (1996) o, más recientemente, *Por el ojo de una aguja* (2016), con más de 1200 páginas sobre riqueza, caída de Roma y construcción del cristianismo en Occidente, del 350 al 550, con problemáticas renovadas sobre estas cuestiones al hilo de las fuentes antiguas. Numerosas distinciones académicas y nombramientos honoríficos en USA y Europa, así como 10 Premios internacionales recibidos entre 1967 y 2008 son la prueba del reconocimiento de su aportación fundamental a la renovación de los estudios antiguos y especialmente tardoantiguos, de los que son tributarios no pocos historiadores de la Antigüedad occidentales y orientales.

II.- Sobre Grecia antigua trata la obra historiográfica referenciada de, al menos, seis autores y autoras: G. Grote, Jane E. Harrison, G.E.M. de Ste. Croix, Nicole Loraux, Jacqueline de Romilly y J. G. Droysen.

La obra de Georges Grote (1794-1871) es analizada, de nuevo, por Laura Sancho Rocher (pp. 31-50).¹⁹ La monumental *History of Greece* de Grote, publicada en 12 volúmenes a mediados del siglo XIX, inspiró en cierta medida el modernismo democrático del sistema parlamentario británico (p. 31), un hito para un historiador alejado de los círculos académicos y “en buena medida, autodidacta” (*ibid.*, p. 32), pero con buenas relaciones en los círculos políticos de la época victoriana, donde J. Mill y J. Bentham, entre otros, discutían acerca de las reformas que luego llevaban al Parlamento:

¹⁷ En el texto citado se ha deslizado una errata que puede inducir a error a los lectores no familiarizados con la Historia antigua: el subtítulo “de Marco Aurelio a” remite al siglo II como inicio del estudio –y no al siglo III; como allí se dice en p. 369–; por otra parte, si el final histórico lo fijó Brown en Mahoma, no puede abarcar hasta el siglo IX.

¹⁸ Sobre el tema, véase ahora S. Acerbi-M. Marcos-J. Torres (eds.), *El obispo en la Antigüedad tardía*. Homenaje a R. Teja (Madrid: Editorial Trotta, 2016).

¹⁹ Un estudio pormenorizado sobre la obra de Grote como paradigma del conocimiento de la Grecia antigua: L. Sancho, “La *Historia de Grecia* de G. Grote y la Atenas de los liberales”, en L. Sancho Rocher (coord.), *La Antigüedad como paradigma. Espejismos, mitos y silencios en el uso del mundo clásico por los modernos* (Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2015), 87-119, y la reseña de G. Bravo, “Otra forma de escribir la Historia (antigua)”, *Historiografías*, 11 (2016): 137-144.

ampliación del derecho de sufragio a la clase media, voto secreto, negociaciones de acuerdo entre los radicales (*tories*) y conservadores (*whigs*). Sin embargo, Grote, acaso decepcionado por la vida política, se concentró en lo que sería su legado a la posteridad: escribir la monumental Historia de Grecia y, en particular, describir el sistema democrático ateniense como “paradigma” o modelo útil (en el sentido de Bentham) para la reforma del sistema representativo en el parlamentarismo británico, tarea nada fácil, no obstante, dada la admiración de la época por el sistema republicano romano y no por el sistema democrático griego. Además, entre el sistema de democracia directa de Pericles y el sistema democrático representativo moderno hay diferencias fundamentales, bien señaladas en su día por M. I. Finley.²⁰ Pero el filohelenismo inglés no surgió hasta finales del XVIII o comienzos del XIX (*ibid.*, p. 37). El excelente conocimiento del mundo griego antiguo permite a la autora resumir de forma magistral las principales aportaciones de la obra de Grote (*ibid.*, pp. 38-44), sin renunciar por ello a destacar los aspectos modernos que sin duda había ya en la democracia ateniense.

La obra de Jane E. Harrison (1850-1928) es analizada por Rosa María Cid López (pp. 115-136), al hilo de una “biografía no convencional” (pp. 117 ss.) de una mujer intelectual y feminista de la época victoriana y, además, historiadora de la religión griega y, en particular, de ritos y mitos griegos, y autora de una autobiografía. En su formación destaca el interés por los clásicos y, en particular, por la mitología griega, graduándose en la universidad de Cambridge en 1879, alojada en el *Newnham College*, un centro y residencia universitaria femenina, al otro lado del río de las célebres competiciones anuales de regatas entre los equipos de Oxford y Cambridge. Desde su estancia en el Newnham consolidó sus conocimientos sobre cultura clásica manifestando su “pasión por los autores griegos” (*ibid.*, p.124) y las nuevas disciplinas emergentes que como la Antropología, la Etnología, la Psicología o la Sociología podían enriquecer la argumentación histórica en una suerte de discurso histórico interdisciplinar absolutamente novedoso para la época. Y, en este sentido es particularmente notoria la influencia de autores como J. Bachofen con sus teorías sobre el matriarcado en las sociedades primitivas, que ella aplicó (pp. 116, 123, 126, 130 y 131), en nuestra opinión, de forma acrítica, a las primeras sociedades griegas. En torno a ella se formó el llamado “Círculo de Cambridge”, del que formaban parte también el filólogo G. Murray y el arqueólogo A. B. Cook (p. 127). Después de la I Guerra Mundial la helenista del Newnham trasladó su residencia a Londres, donde siguió trabajando y murió en 1928.

La extensa obra de G. E. M. de Ste. Croix (1910-2000), uno de los más influyentes helenistas –y no sólo– de las últimas décadas, es reseñada aquí por Carlos García Mac Gaw (pp. 303-322). Militante laborista, colaborador en un despacho de abogados y abogado de oficio (p. 304) inició sus estudios universitarios en Londres en 1946 bajo la dirección de A. H. M. Jones, primero, y de Arnaldo Momigliano, después, con una orientación siempre más histórica que filológica. Ste. Croix entró pronto en el círculo de intelectuales miembros del PCGB (Partido Comunista de Gran Bretaña), que contaba con importantes historiadores como Maurice Dobb, E. P. Thompson, Christopher Hill, o Eric Hobsbawm, que, algunos años más tarde, fundaron la célebre revista *Past & Present* (1952). En 1953 consiguió un contrato para enseñar *Ancient History* en la universidad de Oxford, donde permaneció hasta su jubilación en 1977. A esta etapa corresponden sus primeras publicaciones (sobre el imperio ateniense, los cristianos perseguidos en el

²⁰ Especialmente en *Antike und moderne Demokratie* (Stuttgart: Philipp Reclam Jun, 80) (con una reseña de A. Momigliano sobre Finley), 43-75, pero también en *El nacimiento de la política* (Barcelona: Crítica, 1986), especialmente, 95-128.

mundo romano y sobre los orígenes de la guerra del Peloponeso) y sobre todo la gestación de su obra magna (de 851 páginas en la edición española (1988) sobre *The Class Struggle in the Ancient Greek World* que, sin embargo, no vería la luz hasta 1981,²¹ que va más allá de lo que el título indica abarcando el Imperio bizantino hasta la conquista árabe, donde el autor defiende sin ambages la aplicación de los postulados marxistas tradicionales a la interpretación y explicación de las sociedades antiguas, demostrando ser, como bien señala Mac Gaw, “apasionado en sus opiniones, y altamente erudito” (p. 312). En todas ellas, sin embargo, Ste. Croix aporta novedosas interpretaciones al hilo de una relectura crítica de las fuentes antiguas, no sólo sobre el mundo griego sino también sobre el mundo romano e incluso el tardo antiguo dedicándole un extenso capítulo VIII a la explicación de la “Decadencia y caída del Imperio romano”.²² Insiste acertadamente Ste. Croix en que la teoría marxista debe explicar –y no sólo comprender– los procesos históricos a través de los conceptos de “clase” y “lucha de clases” (p. 310) en línea con otros historiadores marxistas británicos como E. P. Thompson y E. Hobsbawm, pero claramente alejado de otros no marxistas como Moses I. Finley o P. Brunt (pp. 312 y 315, respectivamente). Pero también criticado por algunos historiadores marxistas británicos como P. Anderson respecto a la consideración de las mujeres como “clase social” (pp. 313-314) o la escasa importancia dada a la crisis del siglo III y la marginación del “modo de producción” como objetos de discusión teórica (pp. 313 y 315, respectivamente).²³ Mención aparte merece su contribución a la historia del cristianismo primitivo centrado en los procesos persecutorios contra los cristianos durante los primeros siglos del Imperio romano, donde Ste. Croix analiza desde una perspectiva legal la evolución de este fenómeno de los siglos II al IV.

Nicole Loraux (1943-2003) es reseñada aquí por la helenista Ana Iriarte (pp. 343-364). Vinculada al elitista círculo de alumnos/as distinguidos/as de las Écoles Normales Supérieures francesas, ejerció como profesora de Ciencias Sociales en la École des Hautes Études de París entre 1975 y 1994 (p. 344). Su formación como historiadora está estrechamente vinculada a la Escuela de Annales (fundada en 1929 por M. Bloch y L. Febvre), renovada en los 70 por F. Braudel y sus colaboradores, junto con otras helenistas de reconocido prestigio como Claude Mossé, Jacqueline de Romilly e historiadores como J.-P. Vernant o P. Vidal-Naquet, M. Detienne y H. van Effenterre, quien en 1977 sería el director de su Thèse sobre la Oración fúnebre de Pericles en el Cerámico de Atenas (p. 349). En el análisis comparativo entre el relato de Tucídides y los grabados de algunas estelas de la necrópolis del Cerámico descubre Loraux dos formas muy diferentes de plasmar la realidad histórica: aquella, de imágenes idealizadas; estos, de imágenes más próximas a la batalla real, donde los hoplitas no combaten desnudos como los héroes aristocráticos, sino como ciudadanos pertenecientes a un sistema político nuevo: el democrático, el ateniense (p. 352). Desde esta nueva perspectiva la democracia no es fruto de la armonía y el consenso sino precisamente del resultados de un conflicto (*stasis*), al término del cual acaba imponiéndose la democracia sobre la oligarquía (p. 355) y en el que la división cívica y de sexos, del principio masculino y femenino que, sin embargo, cohabitan en la vida real conforman en gran medida el pensamiento de Loraux, que Iriarte ha definido justamente como “pasión por la complejidad” (pp. 354-358) y que culmina en la constatación de que “lo femenino”, la alteridad, se caracteriza

²¹ Hay traducción española: *La lucha de clases en el mundo griego antiguo* (Barcelona: Crítica, 1988).

²² *Ibid.*, 528-586, con notas en 744-759.

²³ Sobre ambas cuestiones G. Bravo, “¿Otro mito historiográfico? La crisis del siglo III y sus términos en el nuevo debate”, *SHHA*, 30 (2012): 115 ss.; e *Idem.*, “Crisis del Imperio romano? Desmontando un tópico historiográfico”, *Vínculos de historia*, 2 (2013): 13 ss.

por su ambivalencia “de lo que es al mismo tiempo contrario e igual al hombre” (p. 359) y que la autora define de forma magistral en pocas líneas: “La manera de investigar de Nicole Loraux se rige por ese vaivén concebido como forma de “temporalidad” opuesta al tiempo cronológico que impera en el relato histórico, así como al estatismo temporal que constriñe el antropológico” (pp. 360-361). En efecto, la complejidad de su pensamiento era tal que podía sin dificultad invertir los términos del conocimiento histórico propuestos por M. Bloch: no se trataría de comprender el presente mediante el pasado y el pasado mediante el presente sino “acercarse al pasado con preguntas del presente, para volver hacia un presente enriquecido con lo que se ha comprendido del pasado” (p. 360).

Por su parte, Julián Gallego (pp. 323-341) reflexiona sobre las principales aportaciones de Jacqueline de Romilly (1913-2010) al estudio de la Grecia antigua. Ingresa en el mundo académico en 1947 con la presentación de una tesis sobre Tucídides. Dos años después se incorpora como profesora a la universidad de Lille, donde permanecerá hasta 1957, en que se traslada a la Sorbona hasta 1973. En 1975 ingresa en la Academia de Inscripciones et Belles-Lettres y en 1988 en la Académie Française. Pero el cuadro de honores no concluye aquí; en 1995 el gobierno de Grecia, por su afán en divulgar el mundo griego antiguo la nombró embajadora del helenismo y Atenas le dedicó una plaza con su nombre (pp. 323-326). En gran medida su producción historiográfica se centra en lo que se ha venido a denominar “le miracle grec”, aunque no exento de críticas entre los especialistas, pero, como afirma acertadamente Gallego, “el abordaje de los temas y problemas principales que plantea su obra ha de ser indefectiblemente parcial y, en buena medida, arbitrario” (p. 327). A modo de resumen de una dilatada producción historiográfica, el autor propone cuatro grandes temas para sintetizar las principales aportaciones de De Romilly al conocimiento del mundo griego arcaico y clásico (*ibid.*, pp. 328-337): el estudio de Tucídides para entender el desarrollo del imperialismo ateniense; el examen del discurso en la tragedia griega (Esquilo, Sófocles y Eurípides) como género literario entre el mito y las acciones humanas, en el que los designios divinos quedan relegados ante la responsabilidad de los hombres de sus propias acciones; las vertientes del pensamiento griego, ligado en el siglo V a algunas leyes y sobre todo a una serie de desarrollos culturales e intelectuales en relación con las formas de convivencia humana desde Homero a los romanos, a través de Plutarco (ss. I-II d. C.); y la democracia griega o, más exactamente, ateniense, y el desarrollo de la política, recogiendo los testimonios favorables y desfavorables sobre la democracia griega en los propios autores del siglo V griego, como un régimen negativo que degenera fácilmente en corrupción y “en la dictadura de la muchedumbre” (p. 335), no lejos de la “demagogia” criticada por Aristóteles en *la Política* o de la “oclocracia”, vituperada por Polibio (s. II a. C.).

J. G. Droysen (1808-1884) concluye este apartado con su inestimable aportación a la divulgación de la historia del Helenismo, pero también, en palabras de Gloria Mora (pp. 51-71) porque “es uno de los teóricos de la investigación histórica más influyentes del siglo XIX” (p. 51). Su formación se vio condicionada por los avatares del reino de Prusia y el futuro del pueblo alemán fragmentado antes de la unificación, situación que permitió a Droysen establecer comparaciones con procesos similares extraídos de la Antigüedad. Formó parte de la segunda generación de historiadores alemanes del siglo XIX, a la que pertenecieron también Theodor Mommsen, Emil Hübnér, su yerno, Leopold von Ranke y B. G. Niebuhr, entre otros, todos ellos comprometidos en la configuración de la unidad nacional alemana. Su producción historiográfica es dilatada (más de 50 años) y su interés por la historia de Grecia, inequívoco. Además, fue discípulo de Hegel y Ranke

en la universidad de Berlín (p. 54), de ahí su interés también en las cuestiones metodológicas y teóricas de la historia. Él mismo fue profesor en Berlín desde 1833 hasta 1840 y, de nuevo, en 1859 hasta su muerte, después de haber pasado por las universidades de Kiel y Jena, donde empezó a impartir cursos sobre teoría y metodología de la historia (p. 56), tema al que dedicó gran parte de su obra (*Historik*), como resultado de los cursos impartidos en las universidades de Jena y Berlín desde 1857 a 1883 (p. 65) y sólo superado, si acaso, por su admiración por Alejandro Magno y el Helenismo posterior (323-30 a. C.). Para Droysen, el helenismo es un período clave de la historia de la Antigüedad en tanto que se produce la fusión de culturas de Oriente (griegas y asiáticas) con las de Occidente (p. 62), que permite el nacimiento del cristianismo. Pero el método de Droysen no es positivista como el de Ranke, que concebía la historia como descripción del pasado *wie es eigentlich gewesen* (“como realmente ocurrió”) sino con el objetivo primordial de comprender el pasado e interpretar “los hechos y los procesos humanos” (p. 65), en otras palabras: dotar a la historia de un objeto y método propios o, si se prefiere, convertir la historia en una ciencia, historiografía.²⁴

III.- Sobre *Mundo clásico* en general trata la obra de, al menos, cuatro autores de los examinados aquí, a saber: N. D. Fustel de Coulanges, E.R. Dodds, A. D. Momigliano, y M. I. Finley.

Generalmente suele entenderse como *Mundo Clásico* el período del milenio que va de ca. 500 a. C. a 500 d. C. con dos connotaciones analíticas importantes: una, referida al entorno mediterráneo; otra, sin diferenciación entre Oriente y Occidente. En este sentido cabe hablar de “ciudad antigua” (Fustel), “cristianismo primitivo” (Doods), “civilización grecorromana” (Momigliano) y “mundo clásico”, propiamente dicho (Finley).

La obra de N. D. Fustel de Coulanges (1830-1889) es analizada por Grégory Reimond (pp. 95-114). Fustel consiguió la cátedra de Historia antigua en París en 1875 y la de Historia medieval en 1878, por sus estudios sobre la *Histoire des institutions politiques de l'ancienne France*, una obra monumental editada en 6 volúmenes (p. 113). Como otros historiadores decimonónicos de su generación, Fustel mostró especial interés por el método, por la forma de hacer historia, que basaba en “la lectura crítica de las fuentes” (p. 99) y en la alteridad o distanciamiento del presente o, en todo caso, resaltando las diferencias “radicales y esenciales” entre “los pueblos antiguos y las sociedades modernas” (p. 100). En opinión de Fustel, sólo este procedimiento de búsqueda sistemático y exhaustivo podía dar “cientifismo” al discurso histórico. Además, su obra principal (*La ciudad antigua*) que abarcaba todo el mundo griego y romano, desde los orígenes hasta el final de la Antigüedad, pronto se convirtió en un “clásico” (p. 103) por su enfoque innovador al proponer una historia de larga duración frente al dominante “especialismo” de la época (p. 102). Fustel, en cambio, abordó el tema de una forma global tratando temas diversos: el origen de las creencias religiosas, la familia y la propiedad, las luchas internas dentro de la ciudad entre los grupos sociales, el imperialismo romano y el triunfo del cristianismo, entre otros. En definitiva, una obra de la que llegaron a hacerse hasta 28 reimpresiones en pocos años, lo que se estima en unos 80.000 ejemplares (p. 103) y a la que acuden los historiadores de hoy, que, a menudo, se siguen sorprendiendo con su relectura. ¿Qué más se puede pedir de un historiador que la pervivencia de su pensamiento durante varias generaciones? Pero sorprende que el autor

²⁴ G. Bravo, “Introducción”, en S. Montero Díaz, *Estudios sobre pensamiento antiguo e historiografía* (Lleida: Dilagro, 1988), 7-26.

de la reseña ni siquiera mencione otro de los hitos historiográficos de Fustel, sus estudios o *recherches* sobre el colonato romano (1885),²⁵ de obligada referencia para los estudiosos de la economía y sociedad del Bajo Imperio romano.

Eric Robertson Dodds (1893-1979) es reseñado aquí por Ricardo del Molino García (pp. 161-178). De origen irlandés, su formación en Estudios Clásicos se debe a la estancia en la universidad de Oxford de 1912 a 1917, siendo alumno del célebre helenista Gilbert Murray, donde también inició estudios de Filología, Psicología y Antropología social, que luego estarán presentes también en su obra (p. 163). Concluida la Iª Guerra Mundial, Dodds fue profesor de griego sucesivamente en las universidades de Reading y Birmingham, de 1919 a 1936, y de Oxford desde 1936 a 1960, año en que se retiró (p. 170). No obstante, sus principales obras proceden de una serie de conferencias impartidas fuera de Oxford: *los griegos y lo irracional* (1949), en Berkeley; *paganos y cristianos en una época de angustia* (1963, en Belfast, y 1964, en Oslo). Ambas obras destacan por dos características nada frecuentes en su época: el análisis interdisciplinar aplicado a su estudio y la propuesta de novedosas interpretaciones frente a los paradigmas respectivos vigentes. Frente a la visión racionalista del mundo griego en la historiografía tradicional, Dodds reivindicaba la importancia de analizar elementos irracionales como los sueños, la culpa o los ritos dionisíacos frente al indiscutido racionalismo griego, lo que le valió grandes críticas debidas sobre todo a la evidente indefinición del término *irracional* y la cuestionable aplicación al mundo antiguo de conceptos de la psicología moderna y otras disciplinas ajenas a las Ciencias de la Antigüedad (pp. 173-174). Por otra parte, la llamada “época de angustia”²⁶ del cristianismo, concretada entre los gobiernos de los emperadores Marco Aurelio y Constantino (161-337) es un período complejo, sin unidad temática (tampoco desde el punto de vista religioso) que incluye los cambios esenciales del siglo III, bien estudiados después por J. Helgeland (1979) (*ibid.*, p. 171) y otros.²⁷ En cualquier caso, el legado de Dodds a la historiografía (pp. 172-176) fue una visión nueva de la antigüedad griega y romana mediante la aplicación del análisis interdisciplinar y una nueva lectura de los autores clásicos desde otras ópticas.

Arnaldo Dante Momigliano (1908-1987), cuya obra es reseñada aquí por César Sierra Martín (pp. 223-239), es otro de los grandes historiadores europeos del siglo XX, perteneciente a una familia de origen judío afincada en el Piamonte durante varias generaciones. Momigliano pronto alcanzó una proyección internacional con numerosos seminarios y conferencias, desplazándose periódicamente a sus tres sedes académicas de Italia (Roma-Turín) e Inglaterra (Bristol-Londres) y Estados Unidos (Chicago-Berkeley-Harvard), en la etapa del exilio por razones de raza. Su ingente producción historiográfica y reputación internacional le ha valido el reconocimiento de G. W. Bowersock como “one

²⁵ Publicado en *Recherches sur quelques problèmes d'Histoire* (Paris: Librairie Hachette, 1885), 1-386, de lectura imprescindible antes de las publicaciones de la segunda mitad del siglo XX de A. H. M. Jones (1958), R. Günther (1967), G. Prachner (1973), W. Goffart (1974), G. Bravo (1978), G. Giliberti (1981), A. Marcone (1985), Bravo, 1991, entre otras; sobre todos estos autores y obras: G. Bravo, *El colonato bajoimperial* (Madrid: Editorial Akal, 1991).

²⁶ Término prestado de un poema del poeta inglés W. H. Fowden (“Age of Anxiety”, 1965), *ibid.*, 171, n. 9; véase también G. W. Bowersock, “Auden on the Fall of Rome”, en *From Gibbon to Auden* (New York: Oxford University Press, 2011), 196, sobre las circunstancias editoriales en torno a este préstamo.

²⁷ Otras referencias sobre la obra de Helgeland y la cuestión del martirio en el siglo III: G. Bravo “¿Mártires o soldados? Sobre los casos de indisciplina militar en el siglo III”, en J. Cabrero Piquero- P. González Serrano (eds.), *Purpurea aetas* (Madrid-Salamanca: Signifer Libros, 2019), 357-368.

of the most vigorous and discerning minds of the twentieth century”,²⁸ que ha dejado para la historiografía moderna más de 1.000 títulos (p. 234 y 238, n. 7), reunidos en los 10 volúmenes publicados entre 1955 y 1992 de sus conocidos *Contributi alla storia degli studi classici e del mondo antico*, obra monumental que supone otro hito en la forma de hacer historia: la historia de la historiografía sobre la Antigüedad, mediante la contextualización de autor y obra en el presente para entender algunas de las claves de sus interpretaciones históricas estableciendo un puente entre el pasado antiguo de los hechos y el mundo contemporáneo de las ideas, desde las que se interpretan. Aparte de sus ensayos historiográficos, Momigliano publicó varios libros de difusión internacional, entre los que destacan: la edición²⁹ de *The Conflict between Paganism and Christianity in the Fourth Century* (1963), en realidad una obra colectiva de la que él fue sólo mentor, publicando en ella junto con otros colegas como A. H. M. Jones, J. Vogt, E. A. Thompson, A. A. Barb, H.-I. Marrou, P. Courcelle y H. Bloch las conferencias impartidas en el Warburg Institut de Londres en 1958-1959; *Filippo il Macedone*, con varias ediciones desde 1934; *Alien Wisdom. The Limits of Hellenization*, 1975; una breve monografía sobre Claudio: *L’opera dell’imperatore Claudio*, 1932; y poco antes de su muerte en septiembre de 1987 su célebre *On Pagans, Jews and Christians*, 1987, con traducción castellana de 1992; además de varias obras que contienen sus ensayos y artículos sobre historiografía griega, historiografía clásica e historiografía moderna.

Finalmente, la obra de Moses I. Finley (1912-1986) es reseñada aquí por Ricardo Martínez Lacy (pp. 241-261), que destaca tanto el enorme impacto internacional de casi todas sus publicaciones como la labor desempeñada por Finley en favor de la causa judía en Estados Unidos y en Europa durante la II Guerra Mundial. Finkelstein cambió su apellido por Finley en 1948 para ocultar su origen judío (p. 244) como también su filiación política como miembro activo del Partido Comunista de Estados Unidos de 1938 a 1946 (p. 243), en el que ocupó cargos relevantes llegando a ser Secretario Ejecutivo para combatir las ideas racistas difundidas en las universidades y máximo responsable de la distribución de ayudas recibidas en forma de donaciones privadas,³⁰ aunque la militancia comunista fue también el motivo de su despido en 1951 de la universidad de Rutgers (New Jersey), en la que había empezado a trabajar como profesor tras la lectura de su tesis doctoral sobre las inscripciones de los *horoi* atenienses referidas a hipotecas haciendo gala de sus múltiples conocimientos en otras materias además de la Historia (Economía, Sociología, Derecho, Psicología social), lo que era poco común en esta época. La publicación de la tesis en 1952 y sobre todo su primera monografía sobre *El mundo de Odisseo*, en 1954, le abrió las puertas de Europa, siendo invitado por las universidades de Oxford y Cambridge a dictar conferencias en Inglaterra, fijando su residencia en Cambridge adscrito a la Facultad de *Classics*, en la que fue catedrático de *Ancient History* desde 1970 hasta su jubilación en 1977, poco antes de que la Corona británica le otorgara el título de *Sir* en 1978. Entretanto, Finley se había convertido en uno de los más

²⁸ En “The later Momigliano” (no mencionado en la Bibliografía recomendada sobre el Autor), en G. W. Bowersock, *From Gibbon to Auden. Essays on the Classical Tradition* (New York: Oxford University Press, 2011), 175.

²⁹ “Edición” y no obra propia, como parece deducirse de la mención de la misma en 223: en 1989 “se traduce al español la obra de Arnaldo Momigliano *El conflicto entre paganismo y cristianismo en el siglo IV* (Madrid: Alianza Editorial, 1989), expresión cuando menos equívoca como si se tratara de obra de autor único, que no es el caso; hay edición italiana de 1968, a cargo de (“a cura di”) A. Momigliano (ed.), *Il conflitto tra paganesimo e cristianesimo nel secolo IV* (Torino: Giulio Einaudi editore, 1968), y española de 1989, a cargo de J. Arce.

³⁰ *Ibid.*, p. 243: unos 85 millones de dólares para el Consejo Judío y Ayuda a la Rusia en guerra, desde 1944 a 1946.

reconocidos historiadores de la Antigüedad, sobre todo tras la publicación en 1973 por la universidad de Berkeley de la primera edición de su *The ancient Economy*, que rápidamente fue divulgada por los ámbitos universitarios –y aún más allá– de Europa y Estados Unidos, convirtiéndose en nuevo paradigma de la Historia de la Antigüedad al sustituir el concepto marxista de “clase” por el de “status”, más apropiado, según Finley, para explicar el posicionamiento de individuos y grupos en las sociedades precapitalistas. Naturalmente, esta osada propuesta finleyana fue inmediatamente criticada por los historiadores marxistas, con quienes Finley ya había debatido en foros internacionales en otras ocasiones a propósito de la esclavitud antigua.³¹ Menos polémico, salvo el título, parece *Politics in the Ancient World* (or. 1981-1986), que se tradujo al castellano inexplicablemente como *El nacimiento de la política*, lo mismo que otro libro emblemático de Finley (*Ancient History: Evidences and Models*, 1985), quizá el último del autor, traducido libremente en castellano bajo el título *Historia Antigua. Problemas metodológicos*, 1986.³² Sobre el primero, se presenta aquí un amplio resumen por capítulos (pp. 254-257) que incluye, en lo referido a Grecia, una afirmación cuando menos exagerada en su interpretación: “La política terminó en Grecia por la presencia de Estados más poderosos que impusieron su hegemonía” (p. 255), en el siglo IV a. C., se entiende. Esta afirmación sólo tiene sentido si se asocia al concepto restrictivo de “la política” usado por Finley y otros historiadores anglosajones como: “la administración de una comunidad en la que el pueblo se involucra en la toma de decisiones” (p. 256) tanto en Grecia como en Roma, añadiríamos.³³ El segundo libro, en cambio, apenas mencionado aquí (p. 257) y justificado con la cita literal del primer párrafo de la obra (edición castellana: Barcelona: Crítica, 1986, p. 9), merecería quizá en esta semblanza historiográfica mayor atención porque, en efecto, además de ser la última obra escrita del autor, contiene reflexiones nuevas acerca de cuestiones candentes en la historiografía de los 80, como las siguientes: ¿puede el historiador rellenar “con su invención” (*ibid.*, p. 22) el vacío que dejan a veces las fuentes?; ¿Se puede decir que “sin un esquema conceptual con un fundamento teórico, la débil y poco fidedigna evidencia se presta por sí misma a la manipulación” (*ibid.*, pp. 35-36); ¿Es cierto que las fuentes literarias (al menos en el caso de Roma, añadiríamos) tienen una cierta “prioridad automática” (p. 40) sobre las arqueológicas, que a menudo se limitan a confirmar o negar aquéllas? ¿O que “el propio historiador debe plantear las preguntas justas (a los documentos, y monumentos, añadiríamos) y proporcionar el concepto contextual correcto”? (*ibid.*, p.

³¹ Sobre todo, en el Congreso Histórico Internacional de Estocolmo de 1960, del que el propio historiador presenta un breve resumen en su obra *Esclavitud antigua e ideología moderna* (orig. 1980) (Barcelona: Crítica, 1982), 69-80, a propósito del arduo debate con los historiadores alemanes del círculo de Mainz, liderados por J. Vogt, miembro del Comité editorial de la revista alemana *Saeculum*, polémica que ni siquiera es mencionada aquí por Martínez Lacy en la larga reseña que dedica a esta obra (*ibid.*, 253-254) comparada con otras del autor. Sobre aquellas memorables sesiones del Congreso de Estocolmo, calificadas de “polémica ideológica” (*ibid.*, 70) entre historiadores marxistas (europeos y soviéticos) y no marxistas concluye Finley con estas esclarecedoras palabras: “habría que haber estado allí para darse cuenta” (*ibid.*, 76) por qué en la publicación posterior de los trabajos del Congreso se amortiguó la confrontación.

³² La justificación del título quizá está en el inicio del epílogo escrito por el autor: “Este breve libro trata de problemas fundamentales de método en historia antigua” (en la edición castellana, 1986, 157).

³³ En este sentido, resulta interesante comparar la afirmación de Finley con la esgrimida por el historiador del mundo romano F. E. Adcock (*Roman Political Ideas and Practice* (Michigan: University of Michigan Press, 1964), chap. I y chap. VI: (I): “Este libro intentará conseguir que las ideas y la práctica política romana se iluminen recíprocamente hasta el momento en que el Principado... inició el retorno hacia una manifiesta y descarada autocracia bajo la cual la política dejó realmente de existir”, y (VI): “...y lo que se ha llamado Dominado (esto es, la autocracia sin principios políticos ni éticos y basada, simplemente, en la fuerza militar) ocupó su lugar”, en Frank E. Adcock, *La política romana. Teoría y Praxis (epílogo de Gonzalo Bravo)* (Madrid-Salamanca: Signifer Libros, 2021), 11 y 96, respectivamente, y crítica en *ibid.*, Epílogo, 106-108.

157). Pero no podríamos sino compartir con Finley la idea de que la primera pregunta que un historiador de la Antigüedad debe hacerse ante una fuente escrita es ¿por qué se escribió, por qué se publicó?³⁴ Esta es la gran pregunta que el escritor de origen neoyorquino y asentado en Inglaterra intentó contestar siempre con su peculiar ingenio, expresado en un lenguaje deliberadamente coloquial, pero asequible a casi todo el mundo, dentro y fuera de la Academia, sin renunciar por ello al rigor y al apego a las fuentes antiguas como corresponde a quien quizá fue el máximo divulgador de la historia de la Antigüedad grecorromana del siglo XX.

Tras este necesariamente breve recorrido ante una obra historiográfica tan extensa y relevante en cada caso, el resultado global es la aportación de una masa crítica que contiene una cantidad ingente de datos (biográficos, académicos, de análisis y valoración) y una suerte de “laboratorio de ideas” que, adecuadamente contrastados, deberían ser considerados al menos como “fuentes secundarias”,³⁵ si no propiamente históricas, para un mejor conocimiento, comprensión o explicación de la evolución historiográfica de la disciplina de Historia antigua a través de sus principales mentores en los últimos dos siglos o, si se prefiere, un patrón para posteriores reflexiones y una guía de futuros enfoques en la investigación de la historia de la disciplina académica y científica.

Gonzalo Bravo
Catedrático de Historia Antigua,
Universidad Complutense de Madrid (España)
gbravo@ghis.ucm.es

Fecha de recepción: 2 de junio de 2022.

Fecha de aceptación: 5 de junio de 2022.

Publicación: 1 de julio de 2022.

Para citar este artículo: Gonzalo Bravo, “Otra forma de entender la historia de la historiografía (antigua). Antonio Duplá, Christian Núñez y Grégory Reimond (eds.), *Pasión por la Historia Antigua. De Gibbon a nuestros días*. Pamplona: Urgoiti Editores, 2021, 415 págs.”, *Historiografías*, 23 (enero-junio, 2022), pp. 126-141.

³⁴ El capítulo 3 de *Historia Antigua* reproduce un artículo publicado originalmente en la revista francesa *Annales. Économies, sociétés, civilisations*, 37 (1982): 697-713, en el que se responde adecuadamente a esta pregunta con ejemplos extraídos de la historia antigua griega y romana.

³⁵ Tema muy debatido en los círculos académicos anglosajones: véase una puesta al día en K. Jenkins, *Re-thinking History* (London: Routledge, 1991), 47-50 y 75, n. 17, a propósito del debate E. H. Carr-G. Elton.